



Hoja de la Congregación Mariana

Redacción: Dependencias parroquiales

Eibar, Diciembre 1961

Año X

:-:

Núm. 137

Cuatro modistillas

Yo creí que las modistillas no servían más que para escuchar seriales y para «cortar chalecos» a los clientes y a toda su parentela. De repente me he enterado de que hay por ahí cuatro que merecen que se quite el sombrero todo el que pase por su lado.

Verán. Estas chicas tenían una compañera de taller. Veinte años, por más señas. La pobre ha caído enferma. Lleva dos meses largos y no se ve un final ni claro ni inmediato. Sus padres carecen de recursos. La hija, que era su ayuda, se les ha convertido en una carga. Mejor dicho, ha estado a punto de suceder solamente, porque sus compañeras de trabajo han tomado una portentosa decisión. Se han comprometido a suplir, entre todas, las horas de labor de la modistilla enferma. El jefe de taller —un sastre que sabe el paño que corta— ha aceptado el «reto» y pone también su parte de trabajo en la silla vacía. Total, que el sueldo llega íntegro a manos de la enferma como si nada hubiese ocurrido.

¿Qué les parece? Les aseguro que he vuelto a casa como en volandas de no sé qué que me llevaba por dentro. ¡Quién me iba a decir que en ese taller por donde paso tantas veces al día, está ocurriendo algo tan delicioso, tan sensacional! Yo me imagino que los propios ángeles se estarán metiendo entre los dedos las agujas de las modistillas para rematar su labor con puntadas bendecidas.

¿No merece esto una página de honor? ¿No creen ustedes que mientras haya gente así estará el mundo a salvo? ¿No les parece que es lo único que podemos oponer a tanta amenaza, a tanta bomba y a tanto odio como anda suelto por la vida?

(De «La Gaceta del Norte»).

La historia es ejemplarísima. Podría repetirse también en las costuras de Eibar con una u otra variante. Porque las necesidades son ingentes. La benemérita CARITAS INTERPARROQUIAL nos dará ocasión de ejercitar la caridad con muchas familias. Ahora que se acercan las fiestas navideñas —fiestas del AMOR porque vamos a vivir el misterio del amor de Dios que baja a la tierra para hacerse pobre— nuestras costuras, nuestras cuadrillas, nuestras familias tienen que arder en caridad al hermano necesitado, a todos los hermanos sin excepción que tienen necesidad, estén donde estén y sean quienes sean. Y prepararnos para que esta inquietud por el prójimo tenga continuidad efectiva a lo largo de todo el año.

Así, sólo así, entregándonos en favor del prójimo como Cristo se entregó por todos nosotros, podremos celebrar con sentido cristiano la Navidad.

La paz:

no es ausencia de problemas... sólo así los muertos estarían en paz,

no es la inercia, ni la tranquilidad estúpida de los animales.

Lo que nosotros llamamos la paz es la «tranquilidad en el orden»; ésta es obra de la justicia y de la caridad.

Joven eibarresa, una actitud se impone: respetar la ley natural grabada en tu corazón, que te ordena hacer el bien y evitar el mal; respetar y amar a tus hermanos todos y hacerles el bien que tú quisieras te hicieran a tí,

encarnar tu religión en tu vida diaria, en la familia y en el trabajo, por los gestos de amor humildes y desinteresados; servir a tu Dios en la sinceridad de tu conciencia.

NOVENA A LA INMACULADA

30 Noviembre - 8 Diciembre Predicador: D. José Luis Prieto.

COMUNION GENERAL (Día de la Inmaculada)

Hijas de María: en Misas de 7,30 y 8. Aspirantes: en Misa de 8,45.

EN IPURUA: Misa de nueve.

MAÑANA A las siete.

NOCHE: A las ocho.

AQUI PELICULAS...

LOCO POR ANITA, (3) por Frank Tashlin

El arranque de la película y un pequeño prólogo que hay antes de la aparición de los títulos de crédito, nos prometen un tema original que inexplicablemente olvidó tratar todavía el cine de Hollywood: los «fans», los adoradores de «estrellas», que llevan en la realidad la locura de su admiración hasta extremos inconcebibles, tema que, por otra parte, se prestaba enormemente al lucimiento del personal estilo de esa pareja de «clowns» del cine, dentro del más puro estilo circense, que son Jerry Lewys y Dean Martin, que ahora ocupan el puesto que antes detentaron sus inmediatos antecesores But About y Lou Costello, con la variante —siempre hay una variante— del astracán llevado al absurdo, faceta que podría ser interesante dentro de la evolución del cine cómico americano.

Pero como tantas otras veces, la promesa se quedó en eso, en promesa. Pocos minutos después al arranque es como si hubiesen cambiado los rollos y estuviésemos contemplando otra película de los mismos actores, ahora el documental de un viaje a través de toda U. S. A. Una U. S. A. quintaesenciada en las almibaradas tarjetas postales salpicadas de rebaños de llamativas «pin-ups», mientras la pareja de protagonistas cantan, cantan y cantan incansables, pero agotadoramente para el espectador. Y de vez en cuando Jerry Lewis nos hace una exhibición de su innata facilidad para —¿imitar?— los gestos de un débil mental.

Luego, cuando faltan escasamente veinte minutos para terminar la película y ya nadie se acordaba de Anita Ekberg, hay un nuevo cambio de rollos y aparece la «estrella», por cierto, antes de llegar a Hollywood, que era la meta del viaje. Y ya todo se reduce a unas carreras por los platós de la Paramount que el director podía haberse ahorrado rodar escogiendo libremente entre los cientos y cientos de persecuciones con todas las variantes posibles que debe haber en los archivos d Hollywood.

Y se acaba la película y salimos a la calle asombrados de cómo pudimos recorrer todos los Estados Unidos en tan sólo hora y media y pensando que el tema de los «fans» queda todavía inexplicablemente olvidado.

CARIÑO MIO (3), de Rafael Gil.

Me parece de principio inaceptable que el argumento de «Cariño mío» haya sido llevado al cine, porque uno piensa que el cine, y el cine español sobre todo, merece algo más que esta historia tan cursi, tan almibarada y tan propicia a hacer suspirar los corazones de mucha gente con esa delicada nostalgia que los novelistas rosa saben imprimir en sus páginas. Me veo, sin embargo, obligado a atenerme a lo que veo, sin tener en cuenta o tratando de no tener en cuenta, mejor dicho, el claro parecido de esta historia con esa otra, verdadera, de la reina española de los belgas. Que el cine alemán o austriaco se dedique a hacer sus «Sissis», no nos afecta demasiado, pero que Rafael Gil, que indudablemente debería ser un hombre de peso dentro de nuestro cine, se dedique a hacer este tipo de romances tan «monos», tan «bonitos de color», tan empalagosos, sí nos duele.

Si el film fuese solamente esto, una novelita rosa, un elogio a lo más tonto de la alta burguesía o un relato de amor en diversos escenarios aristocráticos (un club de golf, una «boite» con violinistas húngaros), podría pasar simplemente al olvido. Mi crítica es más dura, porque se atisban ciertas cosas que no me parecen del todo correctas, y que van, sobre todo, a cuenta de la estupidez de los diálogos. Porque me parece monstruoso a estas alturas oír de labios de un personaje que personifica un rey frases tales como «...quiero tener contacto con el pueblo y saber cómo besa una chica normal» y «...al pueblo hay que darle amor, porque es lo único que le conmueve». Con todos mis respetos, eso me parece demasiado en Kromberg o donde a usted le dé la gana.

El tranviario de Viena

EL tranvía llegaba chirriando todas las mañanas. Allí, en la parada, puntualmente, estaba la viejecica apretando junto al corazón su ramo de flores. El tranviario frenaba y se quitaba la gorra para saludar a su cliente:

—Déme la mano, abuela.

La viejecica subía al tranvía, se acomodaba en su asiento y volvía a bajarse, ayudada otra vez por el tranviario, en la parada del cementerio.

—Hasta mañana, abuela.

La viejecica iba a dejar sus flores y sus oraciones sobre la tumba de su marido. Así todos los días. Durante mucho tiempo. Hace unas mañanas el tranviario frenó su máquina en la parada de costumbre. Pero el sitio estaba vacío. La viejecica no volvería ya a agradecerle su mano. Otros hombres se la habían llevado por el mismo camino del cementerio para dejarla definitivamente en el lugar de las flores y de las oraciones. El tranviario lloró aquella noche en su casa. A los pocos días recibió una sorprendente comunicación. La viejecica desconocida le había nombrado heredero de toda su fortuna.

La historia es auténtica. Acaba de suceder en Viena. Hans Jahn y Aloisa Ehrebacher se llaman los protagonistas. A alguien, quizá, le parezca que estamos jugando a sentimentalismos. Sin embargo hay una gran lección de humanidad en esos dos comportamientos. A mí personalmente me entusiasma, mucho más que el gesto de agradecimiento de la viejecica, ese detalle de delicadeza del tranviario. El hecho de que un hombre, rudo de profesión, tenga esos quilates de sensibilidad necesarios para comprender las pequeñas dificultades del prójimo. Simplemente para ayudar a una mujer a subirse al tranvía.

Estamos desgraciadamente acostumbrados al funcionario legalista que mira más la letra que el espíritu de la ley, que sirve no al hombre, sino a sus estrictísimas funciones, que no se pasa un centímetro de la raya ni un segundo de la hora, «porque eso cae fuera de sus obligaciones». El caso aquel del médico que pasó de largo junto a un accidente porque se produjo «fuera de su jurisdicción». ¿Dónde empiezan y acaban las obligaciones con los demás? También estamos muy acostumbrados al empleado gruñón, ese al que parece que le cobran las palabras amables; al funcionario público que te crea dificultades en lugar de resolvértelas...

Con lo bonito que resulta echar una mano y poner una sonrisa en cada tarea. Aunque sea por propia satisfacción. Nuestra sociedad necesita muchos tranviarios como ese de Viena, capaces de regalar unas gotas de felicidad cada mañana.



DOS MADRES...

Una mujer, próxima a ser madre, ahora que tiene tanto parecido con la Santísima Virgen, escribía a un sacerdote familiar: «Aquí tienes a tu futuro sobrino, que ha dado motivos para que se le saque una radiografía. Ya le hemos visto! A mí me da una sensación extraña el verle ahí, ya con sus manos, su cabeza y sus pies, y no poderlo coger».

¡Qué escena la del joven matrimonio, mirando —embelesados— la radiografía! La escena es de una ternura especial. En medio de la angustia de un mundo desquiciado y amenazado con bombas, megatones y lluvias radioactivas, conmueve y descansa el espectáculo unánime de la maternidad. En todas partes del globo, lo mismo aquí que al otro lado del «telón de acero», las madres siguen queriendo a sus hijos ya desde antes de nacer. ¡Deberían ser las madres las que gobernasen el mundo! Bajo su afectuoso cetro no habría guerras.

Esta escena me hace pensar en esa otra Madre —la Iglesia— que tiene por misión recibida de Jesucristo el llevar a todos los humanos como junto a su corazón y conducirlos por los caminos del amor. La Iglesia «coge» al niño antes de que nazca. Ella le defiende desde que el minúsculo organismo empieza a ser persona. Y sigue a esa persona, con infinito respeto, hasta su último paso hacia la eternidad.

Leyendo esta carta comprendo por qué se le llama Madre a la Iglesia. Pero su angustiosa voz, pronunciada sobre una Humanidad armada con todos los odios imaginables, por lo visto no conmueve. Hace poco todavía escribió a todo el mundo —en nombre de su Pastor Juan XXIII— una hermosa carta, la encíclica social titulada «Madre y Maestra». Sin duda alguna, la Iglesia ante un mundo social tan desquiciado podría decir como nuestra futura madre: «A mí me produce una sensación extraña verla ahí, a la pobre Humanidad, con sus manos, sus piernas, su corazón perdido en el mundo y no poderla coger».

El niño de la carta, que ha sido retratado antes de ver la luz, vendrá al mundo por Navidad. Actuemos también nosotros —como miembros que somos de la Iglesia— para que nazcan a la luz de Dios todos los que no le conocen en Eibar y en el mundo entero.

«Si un hijo mío fuese un sacerdote pobre, olvidado en una aldea, en un barrio infame, si desde el momento de entregarse a Cristo considerase que su existencia propia había terminado, si compartiese su pedazo de pan y su sotana, si pudiese mirar con ojos limpios el espectáculo de la vida y de él surgiese a cada momento la alegría. Si un hijo mío pudiese ser sacerdote así, yo consideraría que habría alcanzado el destino más grande que Dios tiene guardado a un hombre, y a mí, como mujer me parecería que Dios me había dado ese mismo destino, por haberle criado».

CARMEN LAFORET.

HUNGRIA'KO ISABEL

Ona emen erregiñ bat eta santa bat. Beartsu eta gaxoen ama izan zan. Etxiak jaso, jantziak egiñ eta garbitu, euren zauri edo heridak osatu eta onelako karidade egin-bearretan beti jardun zan.

Eleizara juaten zanian, ez eban buruko koroia sartu nai izaten, Jesus'ek arantzazko koroia eruan ebalako.

Gizona gerran ill eutsen eta orduan errege jauregitik kanpora bota eben bere semiekin batera eta nora jua jakin eziñik geratu zan. Azkenian, Jesus'en antzera, abere edo animala estalpe bat bere jauregitzat artu biar izan eban.

Bere biotza zabala zan. Naiz ta aini pagu txarra artu bere ainbeste biotzkadagaitik, ez zan bere agotik kezka bat be urten. Daneri barkatuaz, Jaungoikuari eskerrak emoten eta Jaungoikuagaitik bakarrik gauzak egiten bizi izan zan geruago eta indartsuago.

IRU GAUZA GOGOZKOAK

Iru gauzak alaitzen dute anima; gauz ederrak Jainkoaren eta gizonaren aurrean:

Adiskidetasuna anai artian.

Maitasuna lagun-urkoen artian.

Pakea konzientzian.

8 de Diciembre DIA DEL SEMINARIO

VELA AL SANTISIMO (8 DE DICIEMBRE) PRO SEMINARIO

HORARIO	CALLES	JEFE DE GRUPO
De 1,15 a 1,30	La Junta Directiva	La Presidenta
De 1,30 a 1,45	Isasi Prol. Errekatoxo v V. Alegre	A. Carrera y J. Solagaistoa
De 1,45 a 2,	Bidebarrieta	M. T. Gómez y C. Arizmendi
De 2, a 2,15	Dos de Mayo, S. Juan Ardanza	M. Murguizu
De 2,15 a 2,30	Isasi y Unzaga	T. Lizarralde
De 2,30 a 2,45	Paseo de Urquizu	Lourdes Aranzábal
De 2,45 a 3,	Sarasoueta, Estación, Macharia y Chonta	T. Ganchegui
De 3, a 3,15	Calbetón y Urki	F. Aranceta e I. Oyarzábal
De 3,15 a 3,30	Chirio	Mari Sol Corcuera
De 3,30 a 3,45	Carretera de Arrate y Aldatze	Angelita Ibarra y Rosa M. ^a Ansola
De 3,45 a 4,	Legarre y Jardines	M. L. Zubiaurre y Arrate Aramberri
De 4,15 a 4,30	María Angela y Generalísimo	M. C. Solozábal e Isabel Maidagán
De 4,30 a 4,45	Ibarrecruz y Arragüeta	Irene Ochandiano
De 4,45 a 5,	Paguey y Zuloagas	Arrate Múgica
De 5, a 5,15	Carmen y Paseo de Arrate	M. ^a Begoña Echeverría
De 5,15 a 5,30	C. Larrañaga, P. San Andrés y Unzaga	J. Arizmendarrieta y A. M. Arrizabalaga
De 5,30 a 5,45	Ubicha	M. Acha

LA IGLESIA Y LOS SINDICATOS

La reciente Encíclica «Mater et Magistra» de S. S. Juan XXIII hace, no solamente una sustancial aprobación de los Sindicatos cristianos, sino que se felicita de su actuación y aún les da coraje para seguir en su lucha. Pero miles y miles de obreros y de empresarios católicos ignoran, quizá, el drama atroz que supuso la simple existencia de esas primeras actividades sindicales.

Nada menos que del año 1924 al 1929 duraron las luchas, las esperanzas, las decepciones, los ataques, las dudas sobre esta cuestión de los Sindicatos cristianos.

El 26 de agosto de 1924, un patrón del Norte de Francia, Eugenio Mathon, actuando en nombre del Consorcio textil Roubaix-Tourcoing, formuló ante la Curia Romana un recurso contra los Sindicatos cristianos del Norte, acusados de «demagogia socialista» y denunciados como responsables de desórdenes.

Y año tras año, estuvo bombardeando con una documentación minuciosa de todo lo que podía perjudicar a esos Sindicatos, a la Sagrada Congregación del Concilio.

Pero ésta se tomó su tiempo para reflexionar y solamente el 5 de junio de 1928 sacó a la luz un documento cuidadosamente circunstanciado que le fue remitido a monseñor Jansoone, que administraba la diócesis de Lille, entonces vacante.

Monseñor Jansoone dio conocimiento, privadamente, del fallo de Roma a las dos partes interesadas: patronos y Sindicatos, pero, cuando nadie lo esperaba, el 9 de agosto de 1929, las «Acta Apostolicae Sedis» publicaron dicho documento, que levantó todo un gran revuelo. Desde luego, entre estas dos fechas había sido nombrado arzobispo de Lille monseñor Lienart y había habido una doble huelga, que los Sindicatos cristianos fueron obligados a secundar, ya que se les impidió la vuelta al trabajo por parte de los demás Sindicatos. Ante las necesidades obreras, monseñor Lienart recomendó a la generosidad de los fieles la lista de suscripción que se había abierto y ciertos patronos católicos vieron en este cristianísimo gesto del prelado una ruptura de la neutralidad de la Iglesia en el conflicto patronos y obreros, como si la Iglesia pudiese ser neutral ante las necesidades humanas o la injusticia.

Una circular del Consorcio incitaba incluso a revelar los nombres de los que habían participado en la suscripción, porque podía ser «útil» el saberlo. Entonces monseñor Lienart, con una calma y un coraje admirables, publicó una declaración en la que decía, entre otras cosas: «He cumplido mi deber de caridad viniendo a socorrer la miseria física. Cuando un conflicto social amenaza la vida y la salud humanas, la caridad debe de ir en socorro de esas miserias. La caridad no tiene por qué preguntarse quién está equivocado y quien tiene razón... He cumplido mi deber de caridad, mejor aún, viniendo en socorro de las almas. He reconocido la voz del alma cristiana en esta demanda de arbitrio, formulada por los sindicatos libres en la segunda fase de esta huelga. El arbitrio es un medio moralmente superior a la lucha sin tregua para resolver un conflicto... Y además yo he visto para las almas de nuestros obreros cristianos de Halluin un gran peligro. Si solamente los comunistas son los que prestan socorro a sus partidarios, nuestros cristianos en su extrema miseria estarían tentados de inscribirse en sus filas. ¿Quién ganaría, pues? Responsable, como

soy, de las almas de todos mis hijos ante Dios, no quiero dejar perder una sola, la caridad me lo prohíbe.

Es peligroso, ya lo sé, ir en lo más fuerte de la lucha en socorro de los heridos con riesgo de recibir los obuses del enemigo y también, alguna vez, de los propios amigos. Pero jamás he visto en este riesgo una excusa para no cumplir con mi deber».

Esta declaración significó la guerra entre el joven obispo y esos patronos católicos y entonces Roma publicó la respuesta de la Sagrada Congregación del Concilio como dirigida a monseñor Lienart. La respuesta iba firmada por el cardenal Sbaretti y no solamente declaraba legítimos los sindicatos cristianos y su actividad, sino que reprochaba demasiadas cosas a los patronos denunciadores. La Prensa ultra conservadora armó un gran revuelo por el simple hecho de que la respuesta de la Congregación del Concilio, que fue comunicada privadamente a monseñor Jansoone, durante la vacante de la sede de Lille, era ahora publicada por Roma como dirigida a monseñor Lienart y hasta se llegó a insinuar que Roma quería un entendimiento con los soviets; pero era el fondo de la cuestión decidido por Roma lo que les dolía. «Lo que Roma quiere ver desaparecer —decía por su parte «L'Osservatore Romano» del 25 de agosto de 1929— es la hostilidad de principio a las organizaciones obreras cristianas y a los sacerdotes que han recibido de sus obispos la misión de ayudarles a permanecer fieles a las directrices de la Iglesia».

Carlos Maurras, el jefe de la «Acción Francesa», no ocultaba esta hostilidad y hablaba con desparpajo de «monseñor Lienart y sus curas demagogos», a la vez que, con un poco o un mucho de ironía, aludía «al eterno fermento revolucionario del Evangelio» y de cierta «política» eclesiástica nada limpia. Toda la Prensa de su color le hizo coro y, acosado, monseñor Lienart hizo otra magnífica, rigurosa y serena declaración. Tranquilizó a los patronos respecto a que la Iglesia no tenía «proyectos dominadores», ni pretendía regir el orden económico, pero les aseguró también que no iba a permanecer neutral, sino que su deber era hacer respetar la moral cristiana en este orden económico, como en los demás, y fomentar todas aquellas instituciones legítimas y cristianas para defender los derechos obreros. Unos meses después, todo el mundo comprendió que el arzobispo gozaba de la confianza del Papa, al concedérsele la púrpura de cardenal.

Pero, treinta años más tarde, todavía unos siguen acusando a la Iglesia de estar de parte de los poderosos, y otros siguen desconfiando del sindicalismo cristiano y demás asociaciones obreras de los sacerdotes y obispos que trabajan en ambiente obrero.

Muchos también creen que es divertido o demagógico eso de «el eterno fermento revolucionario del Evangelio». Para los que, sin embargo, han sufrido, sufren y sufrirán para que la Iglesia sea comprendida y amada por los pobres y para que reine un poco más de justicia en la selva del orden económico, la página de historia que acabo de relatar es verdaderamente confortante. Como son un espoleo a ser fieles a esa página gloriosa las palabras de aliento que Su Santidad dirige en la nueva Encíclica a los Sindicatos cristianos y demás organizaciones obreras.

J. JIMENEZ LOZANO
en «La Gaceta del Norte».